

EMILIO BARBÓN

Octubre de 1934: 50 años para la reflexión



Durante el presente mes de octubre de 1984, se cumple el cincuentenario de la huelga revolucionaria de octubre de 1934 en Asturias. Si los catalanes, con legítimo orgullo, conmemoran en «La Diada», cada 11 de septiembre, los acontecimientos que dieron lugar a su derrota en la guerra de Sucesión española hace más de 270 años, con no menos respeto deberemos nosotros recordar la gesta de aquellos hombres y mujeres que hace ahora cincuenta años derrocharon solidaridad, valor, generosidad y sufrimientos sin cuento, hasta el punto de merecer el calificativo de «La Comuna Asturiana».

No se trata ahora de abrir viejas heridas, ni mucho menos de pensar que la actual democracia española precise que los trabajadores vuelvan a repetir sucesos heroicos como aquellos, de los que deberemos sentir «orgullo del gesto, más no del acierto», como diría uno de sus protagonistas, el llorado compañero José Barreiro; sino que, deseando que nunca más en España, se den situaciones de enfrentamiento sangriento entre dos bandos, el recuerdo de aquellos hechos nos sirva a todos de lección para evitarlos en el futuro.

En aquella época, recorría Europa un viento de locura que habría de llevarnos a la Segunda Guerra Mundial, propiciada por el nazi-fascismo que comenzó masacrando a los trabajadores de sus propias naciones para terminar encendiendo la guerra entre Estados. En 1933, los socialdemócratas de Alemania y Austria estaban siendo perseguidos y exterminados. En España, las elecciones de noviembre del mismo

Artículo publicado por Emilio Barbón

años habían dado el triunfo a las derechas, y el «jefe» de la CEDA, Gil Robles, hacía alardes de fuerza y de violencia verbal que hacían presagiar algo parecido a lo que estaba ocurriendo en otros países de Europa, si accedía al poder —actitud que más tarde se vio no le llevaría a persistir en una postura realmente fascista. El Partido Socialista Obrero Español, que seguía siendo la mayor fuerza de las izquierdas, fue paulatinamente radicalizando su postura anterior de moderación, dejándose llevar, en la persona de Largo Caballero y sus seguidores, a la dinámica infernal que la reacción propiciaba y que, teniendo como prólogo la revolución de 1934, desembocó en la guerra «incivil» de 1936.

El clima social de Asturias en aquella época no era más benigno que en el resto de España, sino aún más borrascoso. Desde el Gobierno se hostigaba y perseguía a los trabajadores en cada huelga o revuelta, por más pacíficas que fueran, y el ambiente revolucionario iba prendiendo incluso en líderes socialistas tan moderados como estaban siendo, por ejemplo, Amador Fernández, Belarmino Tomás, Ramón González Peña y Graciano Antuña (algunos de ellos, tan injustamente olvidados en la actualidad, pese a los grandes servicios por ellos prestados a la clase obrera).

Radicalizadas las posturas, la CNT y la UGT en Asturias propician la Alianza Obrera (revolucionaria), de la que también forman parte el PSOE, el BOC, y la IC, y ya a finales de septiembre y comienzos de octubre de 1934, el PC y sus organizaciones sindicales. En el mismo mes de septiembre, un líder tan poco radical como Indalecio Prieto trae en el barco «El Turquesa» un cargamento de armas, casi totalmente fallido, a San Esteban de Pravia.

Finalmente, el 4 de octubre de 1934, el dirigente más moderado de Asturias, Teodomiro Menéndez, trae en la cinta del sombrero la consigna que se da para toda España de huelga revolucionaria... y se enciende la mecha.

En pocos días, los revolucionarios, mal armados y pertrechados, a no ser de dinamita, se hacen dueños de la zona central de Asturias, dándose en ambos bandos gestos heroicos de valor e inmolación, a la vez que de respeto a las vidas de mujeres y niños y de prisioneros, siendo contados los actos bochornosos, como los de asesinatos por orden de un comité en Turón, de sacerdotes y otras personas como el ingeniero Don Rafael del Riego. En los demás sitios, fueron los mismos comités los que impusieron el respeto a vidas y bienes de los vencidos, por lo que solamente hechos aislados restaron generosidad a la revolución.

Quince días duró la lucha, pese a que el fracaso de la revolución en el resto de España permitió al gobierno enviar a Asturias tropas del ejército al mando del General López Ochoa, y el tercio y regulares traídos por el general Yagüe, y cuyos actos de barbarie con los vencidos no tienen cuento; masacres de la legión y los regulares en los barrios periféricos de Oviedo, del periodista Luis de Sirval, los veinticuatro

mártires de Carbayín, y tantos otros hechos, a los que han de sumarse las torturas infligidas a los prisioneros en el convento de las Adoratrices, cuartel de Santa Clara y otros sitios de Oviedo y provincia, a cargo del comandante de la Guardia Civil Lisardo Doval, pese a la rendición de los revolucionarios después del parlamento de Belarmino Tomás con el general López Ochoa, con promesa de respeto de las vidas, sin perjuicio de la actuación de los órganos judiciales, rendición acordada en Sama de Langreo, el 19 de Octubre.

Después de las torturas y los asesinatos de los vencidos, cientos de condenas, muchas de ellas a muerte, como la de Ramón González Peña, diputado, máximo dirigente de la Federación Nacional de Mineros, unos de los dirigentes del Sindicato Minero, ex-alcalde de Mieres, ex-Presidente de la Diputación de Oviedo, ex-Gobernador Civil de Huelva y organizador de los mineros de Peñarroya y Río-Tinto. La fortuna que la amnistía que las elecciones de febrero de 1936 trajeron para todos los condenados, desgraciadamente no alcanzó al pobre loco de «El Pichilatu» y al ex-sargento Diego Vázquez, que no había cometido otro crimen que el de luchar denodada y generosamente, los cuales habían sido ya ejecutados.

Esta revolución de octubre de 1934 fue la antesala de la guerra de 1936. Que las muertes y los sufrimientos de tantos hombre y mujeres de ambos bandos de una y otra contienda nos sirvan a los españoles del presente y del futuro para evitar situaciones como aquellas, y que la sangre derramada inútil y luctuosamente nos preserve la paz.

[Octubre de 1984]